

REFLEXIONES DEL EPISCOPADO VENEZOLANO (2)

EL DIFERENDO COLOMBO-VENEZOLANO

En el camino de la historia, la Iglesia va acompañando a los pueblos compartiendo con gozo sus anhelos y logros; lo mismo que sus tribulaciones y amenazas.

Sin confundir las tareas, la Iglesia está presente para cumplir una particular misión: enseñar el Evangelio que ilumine a todo hombre con la verdad plena, en primer lugar acerca de Dios, luego del mundo y de la historia.

En muchos momentos de la historia Patria la Iglesia ha participado activamente en el logro de la justicia y de la consólación de la Nacionalidad. En este contexto de presencia, el Episcopado Venezolano ha juzgado oportuno dirigir unas palabras de orientación ante la situación planteada al País por la demarcación de las aguas marinas y submarinas en el Golfo de Venezuela. El debate expuesto a todos los pareceres y opiniones, en franca apertura democrática, tiene una trascendencia mayor que el simple logro de la demarcación, ya que ha despertado hondos sentimientos de dolor nacional por un pasado que se creía había sido asimilado suficientemente.

Aunque han sido escasas las ocasiones que se hayan presentado a los Obispos Venezolanos, en hacer oír su voz al País en horas de encrucijadas históricas y para tratar asuntos de política internacional, sus intervenciones han sido significativas.

En 1895, cuando los episodios finales del progresivo y doloroso despojo de la Guayana venezolana amenazaron la integridad nacional, el Sr. Arzobispo de Caracas Mons. Dr. Crispulo Uzcátegui, instó a orar para que Dios diera acierto a los altos Magistrados, a fin de alcanzar amistosamente el reconocimiento de nuestros derechos.

En 1902, en otra aciaga jornada para nuestro País, sometido a un injusto bloqueo internacional, el Sr. Arzobispo de Mérida Mons. Antonio Ramón Silva sintió el deber de despertar y reanimar al patriotismo de sus diocesanos para cerrar filas en defensa de la Soberanía Nacional.

Gracias a Dios, los enfrentamientos de Venezuela con los países vecinos, no han sobrepasado las tensiones eventuales: nuestros Gobernantes Venezolanos han profesado siempre la paz con palabras y actos, de tal manera que podemos calificar historia de paz, las relaciones internacionales de Venezuela con todos los países latinoamericanos. Nuestras palabras, en este momento no tienen otro propósito que llamar a la reflexión para que en la delicada tarea de acordar soluciones se anteponga la razón y la justicia a las pasiones y no se renuncie a nuestro título de constructores de la Paz.

Algunos pensarán que estas expresiones de preocupación están fuera de lugar. Los Obispos nos eximimos de dar soluciones técnicas porque esa no es nuestra competencia, pero no de la reflexión honesta y seria ante un momento y una cuestión que está abierta a todos los venezolanos.

Queremos afirmar en primer lugar el irrenunciable destino común de Patrias libertadas por Simón Bolívar, como son Venezuela y Colombia. Sin pretender repetir afirmaciones de fraternidad bolivariana y latinoamericana, señalamos con fuerza que no cabe solución alguna sin reactivar el espíritu de unión que nos inculcó encarecidamente el Libertador en su última Proclama y que garantiza la buena voluntad para un diálogo razonable y constructivo.

En ningún caso puede existir la salida de la violencia: todo pleito zanjado a la fuerza deja siempre una herida abierta y dolorosa. No queremos que esto suceda nunca entre Venezuela y sus vecinos. Nos pronunciamos porque los Gobiernos de Venezuela y Colombia prosigan sus conversaciones,

en busca de soluciones armónicas sin que se profieran siquiera abiertas o veladas amenazas o se exageren expresiones verbales inamistosas.

La Historia y el destino común de los dos Pueblos imponen la superación del subdesarrollo, tarea que reclama capacidad de trabajo y de convivencia gozosa y sin recelos. Somos pueblos que nacimos juntos, que luchamos y compartimos juntos la época más gloriosa y no lejana de la historia. Ello fue efecto no tanto de la cercanía y de las condiciones geográficas, cuanto del empeño y de la voluntad de los hombres que con su virtud y trabajo construyeron la Nacionalidad. Los tiempos han cambiado y los problemas de las dos Naciones vecinas se han diferenciado; pero aún ahora, son más las cosas que nos unen que las que nos separan, y son muy graves los problemas comunes, que no pueden solucionarse sin la cooperación mutua y el acuerdo de voluntades.

Al pronunciarnos los Obispos por la vía de la negociación queremos afirmar con igual énfasis la legítima defensa de los derechos y aspiraciones de Venezuela.

El éxito de la negociación lo celebraremos los venezolanos si se impone la verdad y la justicia sin dejarnos oprimir por frustraciones pasadas y mirando con franqueza y dignidad lo nuestro y ajeno.

Es necesario por lo tanto que las negociaciones y los proyectos de solución que se propongan, se mantengan ajenos a toda bandera política partidista y sean vistos honestamente en la perspectiva de los intereses superiores de la Nación venezolana.

Pero no queremos concluir nuestro mensaje sin dirigir una calurosa invitación a toda la Familia venezolana, para que las conversaciones y proyectos sobre el llamado Diferendo, no sean motivo para dividirnos en bandos irreconciliables, con un desbordamiento pasional ajeno a un sano y auténtico nacionalismo.

Es cierto que para Venezuela el Golfo representa un valor de la Identidad Nacional. Allí se bautizó y tomó nombre la Patria. El nombre de aquel primitivo palafito que evocó el descubridor del Lago de Coquivacoa, la Venecia-Italiana, en alas del mito y de la imaginación envolvió todas las aguas, las mentes y espacios de la Patria, dando título a Venezuela toda. Por eso el Golfo es evocador de la emoción nacionalista más profunda y noble del venezolano.

Pero es claro que esto no nos debe impedir el que afrontemos con serenidad y equilibrio la controversia en curso, fruto de los avatares de la historia y de la moderna problemática que se plantea a muchos países del mundo.

Nosotros los Obispos nos pronunciamos por un acuerdo amistoso, por un diálogo reflexivo y paciente. La pasión es ciega y mala consejera. La norma del diálogo ha de ser afirmar nuestros legítimos derechos y respetar noblemente los ajenos.

Quiera el Señor aceptar nuestra oración en la que pedimos inteligencia, honradez y justicia para los negociadores de los Gobiernos de Venezuela y Colombia, a fin de que se logre la solución digna y justa, en la medida del destino común de nuestras dos Naciones. Que la Virgen María, Madre de la Paz, interceda para que sea escuchada nuestra súplica.

Caracas, 11 de enero de 1981.

Arzobispos y Obispos de Venezuela.